

Los nuevos territorios visuales de Guido Sáenz



Guido Sáenz, conversador ameno y vehemente algunas veces, de juicios contundentes y gestos teatrales, a los sesenta años toma sus pinceles, bastidores y pinturas, e inicia su debut como actor, pero esta vez en el escenario de las artes plásticas costarricenses.

Su personalidad intensa, su impulso y talento creador, lo revelan hoy como un pintor provisto de una excepcional fluidez y propiedad para plasmar sin titubeos ni artificios el paisaje costarricense.

En sus primeros óleos refleja el entorno apacible de su casa, rodeado de naturaleza y jardines. Con precisión y realismo capta la calidad de los objetos en una serie de obras intimistas en las que representa minuciosamente objetos, rincones y naturalezas muertas producto de la combinación de técnica, poesía y realidad.

Simultáneamente, seducido por el paisaje costarricense, se convierte en el heredero y continuador de la Generación Nacionalista. Con su caballete a cuestas, recorre los caminos como el maestro Amighetti, atraído por su entorno al que confiere una particular manera de hacer resplandecer el color en toda su claridad solar.

“Escogí pintar el paisaje costarricense porque veo en él una clara forma de identidad personal. Nuestra naturaleza es fuerte, de altos contrastes y con un drama que se renueva constantemente. Nada disfruto más, a estas alturas de mi vida, que salir por los caminos con la pretensión de atrapar un monte, unos árboles o el espacio abierto de la montaña enorme opuesta al cielo infinito. Todo es apto de ser pintado: un recodo, el arbusto o la hierba, la sombra y por supuesto la luz. Siento que me pertenecen y que cada vez, me desafían. Pero no hay contradicción, ni duda, ni mucho menos angustia”.

Como producto de esta incursión en la pintura al aire libre y posiblemente impresionado por la intensidad de la imagen visual, Guido Sáenz, provisto de un lenguaje más sintético, plasma la solidez y monumentalidad de la montaña y explora con propiedad el color, al que permite vibrar con gran intensidad natural. Así, la montaña asume un papel protagónico en su obra y emerge rodeada de una atmósfera de tranquilidad y armonía que lleva implícito un mensaje ecológico.

“Me gusta encaramarme en la cresta de nuestras montañas con caballete y pinturas y contemplar potreros, cañones, pendientes y ho-



rizontes lejanos. La inmensidad de este paisaje, que siempre es estimulante y sobrecogedor, me ha resultado tema para muchos cuadros. Las grandes masas de cualquiera de nuestras cadenas montañosas, demasiado explotadas y deforestadas, me han señalado dramáticamente el estado alarmante de nuestros mermados bosques.”

El agua es otro tema que seduce a este pintor. Sabe captar en sus óleos de modo magistral, las apariencias cambiantes de la superficie y los efectos atmosféricos. Atisba las transformaciones, grados e intensidad de los reflejos, los aprehende como en un acto de magia, en una especie de caleidoscopio, luego, aunados a esta su maestría en recursos lumínicos, el misterio y el silencio acompañan al lago o al manglar como instantáneas de su emotividad y percepción visual.

Hoy, en la exhibición que realiza en el Centro Nacional de Ciencia y Cultura, más conocido como Museo del Niño, en la sala de exposiciones temporales, como parte de un homenaje a don Francisco Amighetti, estamos en presencia de un Guido Sáenz, más maduro, que interpreta el paisaje desde un ángulo más contemporáneo.

En sus obras más recientes, proyecta una tendencia a la sensualidad, producto de la predominancia de la emocionalidad sobre la razón. Explora nuevos territorios visuales, utiliza acercamientos a las formas naturales, a las que aplica un tratamiento vigoroso, fuerte, vehe-

mente a veces; aunado al agudo impacto de colores saturados que se compensan por el vigor de la composición y el trabajo del pincel nervioso y extático.

“Mis aproximaciones a una naturaleza rica y agresiva como la nuestra se fueron dando inadvertidamente. Del paisaje abierto he pasado a la aproximación. Cada hoja, tallo, tronco o raíz se convierten en una presencia, a veces ominosa, siempre excitante e invariablemente sensual. Me acerqué aún más y lo aparentemente estático cobró una fuerza y una intensidad casi alucinante. Necesité entonces formatos mayores. Cuadros inmensos.

Para mí, el color de la naturaleza dejó de ser simplemente verde. Veo azules diversos, morados, tornasoles intensos. Color y más color. Hoy, para mí el goce de pintar es mayor.”

Guido Sáenz condensa los elementos en la composición, los agranda y logra acentuar la intensidad de la imagen visual, se acerca al sujeto con pasión y provoca en el espectador la liberación del instinto.

Invito al público costarricense a liberar su instinto y disfrutar esta estimulante exposición, llena de vigor, frescura y poesía, en las salas de exhibiciones temporales del Centro Costarricense de la Ciencia y la Cultura.

Elizabeth Barquero

Historiadora del Arte